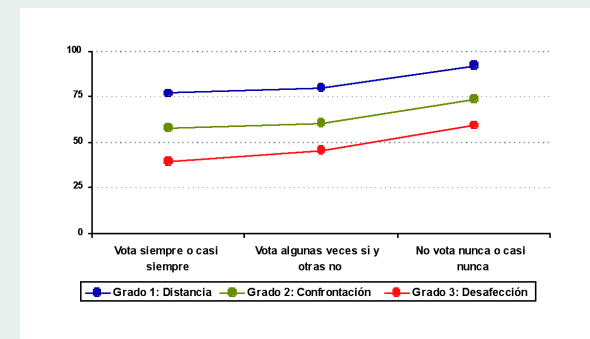


Gráfico 2. Valores porcentuales alcanzados por los indicadores de desconfianza de distintos grados según comportamiento declarado en elecciones al Parlamento Europeo



Fte.: Encuesta Instituto DYM, Mayo 2009.

Conclusiones

A la vista de los resultados de la encuesta del Instituto DYM, hay que afirmar que sería totalmente ingenuo aspirar a que los políticos gocen de la plena confianza de los ciudadanos, sin que por ello llegue a cuestionarse el funcionamiento del sistema democrático. La distancia hacia los políticos es un sentimiento tan difundido en todos los colectivos sociales, que sería preciso que cambiasen muchas cosas para

que llegase a borrarse. Tal vez la propia naturaleza de la actividad política exija, incluso en democracia, cierto grado de distancia entre el ciudadano y los políticos profesionales. Es cierto que han quedado atrás los tiempos en los que Maquiavelo hacía ver al Príncipe que para él era “más seguro ser temido que amado” compatibilizando así la posibilidad de una desconfianza absoluta del súbdito con el mantenimiento del poder. El político actual no puede mantener el poder apoyado exclusivamente en el temor que pueda inspirar, instalado en la desconfianza absoluta. Pero también es cierto que la imposibilidad de una transparencia completa en la actividad política es un motivo justificado como para mantener cierta cautela hacia las decisiones que el político pueda tomar a espaldas de los ciudadanos. El político actual raramente puede aspirar a una confianza absoluta.

Otra cosa distinta es asumir la necesidad de desalojar la imagen de desafección de los políticos profesionales de las democracias actuales. En algunos casos la mala voluntad atribuida a los políticos es consecuencia de situaciones de exclusión social y está asociada a posicionamientos políticos radicales, por lo que cabe pensar que en la medida en que avance la integración social y se moderen las actitudes políticas, se debilitará la imagen de desafección. En otros casos la desafección atribuida a los políticos simplemente puede catalogarse como parte de una descalificación global de lo público difícilmente justificable. ■

La desafección política: crisis de la participación democrática

JOSÉ ANTONIO PÉREZ TAPIAS

Professor de Filosofia. Diputat socialista al Congrés dels Diputats

H ubiera sido de esperar, en momentos críticos como los actuales, que ante una convocatoria electoral los ciudadanos se volcaran en las urnas para expresar con su voto sus preferencias por una u otra de las alternativas en cuanto a modelos de futuro para Europa y a vías de salida para afrontar la crisis económica y sus consecuencias sociales, cosas ambas estrechamente relacionadas. Sin embargo, no hacía falta que se celebraran el pasado 7 de junio las elecciones al Parlamento Europeo para saber que la participación en las mismas dejaría bastante que desear. Los datos han permitido corroborar lo que era previsible: una participación en el conjunto de España en torno al 46%, similar a la obtenida en la anterior convocatoria de elecciones europeas. Son menos reconfortantes, si puede hablarse así, los datos de participación en Cataluña (38%), muy indicativos de una generalizada desafección que por determinadas causas se acentúa más. En el conjunto de la Unión Europea encontramos una media similar a la española, pero con datos que hablan de una participación más exigua en determinados Estados, como es el caso de los países bálticos, compensados por la elevada participación que tiene lugar en otros, como Bélgica, donde el voto es obligatorio.

ciertas carencias de los medios por los que la participación se canaliza, especialmente los partidos políticos?

Un fenómeno tan complejo no es reducible a una sola causa, sino que todo un conjunto de factores incide sobre él desde determinadas condiciones epocales y estructurales proclives a que nos adentremos por el contradictorio camino que lleva a sucumbir, como bien dice Sheldon S. Wolin en su magnífico libro *Democracia S.A.*, a la tentación de una “democracia sin ciudadanos”, esto es, a una democracia sostenida sobre la inercia de sus instituciones y dirigida por los intereses de las grandes corporaciones, pero sin el apoyo comprometido de la ciudadanía. Tan paradójica dinámica nada bueno comporta ni para la democracia ni para los derechos de una ciudadanía que, a la postre, no sería sino una “ciudadanía alienada”. Para revertir el curso de tan peligrosa deriva, ¿por dónde empezar? ¿Por los ciudadanos, por los partidos políticos, por las condiciones contextuales en las que unos y otros se mueven? Habrá que pulsar varias teclas a la vez, pues tanto el análisis como la superación de una desafección política ya muy preocupante requieren aproximarse a la misma desde las múltiples vertientes del problema.

Tras las causas de la desafección política: una democracia poco republicana

El abstencionismo que se presenta en los procesos electorales de nuestros días no es un fenómeno del todo nuevo, por más que sí lo sea en algunos casos el elevado porcentaje de abstencionistas. Tomado como síntoma en tanto que fenómeno sociológico es señal de una falta de implicación de la ciudadanía en la vida democrática. Puede haber una abstención por motivos coyunturales o por determinadas cuestiones de fondo, y en ese sentido un tratamiento especial requeriría lo que se puede llamar la abstención militante, es decir, la propugnada como respuesta política en elecciones o en referendos ante los que se manifiesta que ninguna de las alternativas presentadas recoge el sentir de una parte del electorado. Puede pensarse que en tales tesisuras la abstención propugnada tiene una intención deslegitimadora de mayor o menor alcance —no significa que tal intención esté justificada en cualquier caso—, que es la que no se da con el voto en blanco. Pero, aparte de esos casos, el abstencionismo que la sociología política analiza como desafección es el que se incuba en procesos de largo recorrido en democracias que se pueden considerar consolidadas, siendo necesario respecto a él indagar en algunas de sus causas estructurales, más allá de circunstancias del momento.

Estas referencias tan sucintamente señaladas, que fácilmente se pueden completar con la abundancia de datos que la prensa ha recogido, nos dan pie para reflexionar acerca de una participación democrática cuya tendencia es a la baja. No obstante, si los recientes comicios europeos, por las especiales circunstancias que concurren en ellos, suponen un reforzamiento de dicha tendencia, en otras elecciones la participación se incrementa, sobre todo si la confrontación política se acentúa con propuestas o candidaturas perceptibles en su antagonismo, propiciado éste por una conjunción de circunstancias en las que el rechazo a unas conduce al apoyo electoral a otras. El caso de la victoria electoral del PSOE frente al PP en 2004 sería buen ejemplo. Con todo, entre la mayor participación en procesos electorales marcados por una fuerte polarización y la participación bastante menor no sólo en las europeas, sino también en referendos como los realizados en España para aprobar reformas de Estatutos de Autonomía de diferentes comunidades, hay una amplia gama de situaciones caracterizadas por esa atonía participativa que constatamos. De ahí que sea pertinente preguntarnos a qué se debe ese deslizamiento hacia la desafección política de la ciudadanía. Si la democracia como sistema político no es cuestionada, ¿puede hablarse de una crisis de la conciencia democrática, como algunos vienen señalando? O, apuntando en otra dirección, ¿hay que poner la causa de la desafección política en

NOVETAT EDITORIAL

LA PROMOCIÓN DE LA GOBERNANZA DEMOCRÁTICA Y EL DIÁLOGO POLÍTICO EN EL MEDITERRÁNEO

Pau Solanilla - Papers de la Fundació, n. 157

L'autor d'aquest document, **Pau Solanilla**, actual assessor executiu del Secretariat d'Estat per la Unió Europea al Ministeri d'Afers Exteriors, reinvindica el paper de la política i la necessitat de nous actors per obrir la participació i gestió dels afers polítics, econòmics i socials a formes democràtiques a tota la regió mediterrània, i molt especialment a l'Orient Mitjà i el Magreb. En aquest sentit, Solanilla considera que les fundacions dels partits polítics a Europa haurien de treballar activament i coordinada per proveir l'assistència tècnica i política necessàries per facilitar les condicions per emprendre el camí de les reformes.

Pau Solanilla

La promoción de la gobernanza democrática y el diálogo político en el Mediterráneo

Promoting democratic governance and political dialogue in the Mediterranean

número 157

PAPERS DE LA FUNDACIÓ

ÍNDEX

1. Introducció
2. La Unió para el Mediterráneo, una oportunitat
3. Una nova gobernanza. El retorn de la política
4. El rol de les fundacions de los partits polítics

Podeu descarregar-vos el document des de la nostra pàgina web: www.fcampalans.cat

Conviene recordar que las democracias constitucionales se nutren de dos vectores: el vector liberal, que prima los derechos civiles de los individuos y la obligación del Estado de respetarlos y protegerlos; y el vector republicano, que pone el acento en los derechos políticos de los ciudadanos, los cuales, en el ejercicio de su autonomía pública, están llamados a ejercer tales derechos para así participar en el gobierno de la sociedad. La cuestión de fondo a la que se puede apuntar tiene que ver con el asimétrico desarrollo de esos vectores en la historia de nuestras democracias: se ha visto más potenciado el vector liberal que el vector republicano. La consecuencia es que los individuos se han volcado más en el despliegue y disfrute de su autonomía privada que en el ejercicio comprometido de su autonomía pública. Eso ha implicado que tales individuos hayan puesto el acento más en reclamar sus derechos frente al Estado que en ejercerlos en el seno de su vida política. No hace falta insistir en que el ejercicio de los derechos políticos, es decir, la participación democrática, no puede limitarse a sólo votar en las elecciones, sino que ha de desarrollarse también en otras formas de participación: asociacionismo político, implicación social en asociaciones y movimientos ciudadanos, libre expresión de ideas, conformación de opinión en el ámbito público, etc.

Todo ello supone un entramado no sólo político de un sistema democrático bien estructurado, sino a su vez un entramado de la sociedad civil que ofrezca la base necesaria para acceder desde ella a la participación política, y viceversa: una trabazón de las instituciones políticas en la que la ciudadanía, trascendiendo las confluencias y antagonismos de intereses entre particulares, pueda resolver participativamente la gobernanza de su propia sociedad. Ocurre, sin embargo, como señala José F. Tezanos en su obra *La democracia incompleta*, que nos vemos inmersos en procesos que han debilitado tanto los lazos sociales como los lazos políticos, lo cual se suma a ese déficit del componente republicano ya señalado, de forma que los individuos, reclusos cada vez más en su particularidad, acaban desentendiéndose de lo público y alejándose de la participación democrática.

Si al desequilibrio señalado entre componentes liberales y republicanos de la democracia se añade además el desprestigio de lo público que desde tiempo atrás viene alimentándose, tenemos un ingrediente de peso en el cultivo de la desafección política. Ese desprestigio de lo público, y más concretamente de lo político, se ha dado de forma creciente desde los orígenes liberales de nuestras actuales instituciones políticas hasta el neoliberalismo más reciente. En este caso la asimetría que acaba incentivando la desafección política tiene que ver con la desequilibrada relación entre Estado y

mercado, decantada por el neoliberalismo hacia el segundo.

Primacía del mercado: erosión neoliberal de la participación democrática

La conocida máxima neoliberal de que “el Estado es el problema y el mercado la solución” ha hecho estragos en la devaluación de la política. La lluvia fina, cuando no fuerte aguacero, de una ideología neoliberal que pretendió ser “pensamiento único” caló hasta los huesos de nuestras sociedades para constituirse en cultura hegemónica. Los vientos de la época desde finales de los setenta del siglo pasado han soplado a favor del mercado y contra el Estado, no favoreciendo una adecuada interrelación entre dos ámbitos institucionales necesarios, sino promoviendo la primacía del primero respecto al segundo. En ese contexto en el que la prioridad del

mercado llevaba a propugnar que el mismo prescindiera de toda regulación proveniente del Estado y a predicar la fe en una aún más inteligente “mano invisible”, la devaluación de lo político quedó a la orden del día. Carecía de sentido comprometerse a favor de un “Estado mínimo” como el defendido por Nozick desde el espécimen ideológico de su anarquismo liberal. Pero aun sin tales excesos, la infravaloración del Estado conllevó el sometimiento de la política a la economía, tratándose para más señas de la economía de un capitalismo que pugnaba por adentrarse en la nueva fase de capitalismo financiero en la época de la globalización que las nuevas tecnologías de la información y la comunicación ponían a su alcance. Tal capitalismo para nada necesitaba democracias fuertes y menos aún ciudadanos participativos. Necesitaba una oligarquía de inversionistas y una gran masa de consumidores. Para unos y otros el lema común fue “enriqueceos”, lo cual exigía tan completa entrega a la religión del mercado que cualquier distracción política participativa pasó a verse como un pecado contra la conducta virtuosa en pos del beneficio, que, como acertó Chomsky a formular, “es lo que importa”.

El neoliberalismo, del que hoy pagamos las consecuencias –moral, social, política y económicamente, en el sentido más literal de la expresión– en la crisis que padecemos, no sólo ha sido y es una teoría económica, sino una ideología política que lleva dentro la fuerte paradoja de ser “antipolítica” –eso la hace ser nutriente por excelencia del cinismo político de nuestros días–, por lo cual no debe extrañar que haya fomentado la despolitización de la ciudadanía. Si hace décadas el norteamericano R. Sennet ya escribía sobre “el declive del hombre público”, después N. Tenzler pudo titular una de sus obras como *La sociedad despolitizada*. El caso es que tal despolitización ha sido tan exitosa que hasta entre quienes se dedican a la política de forma expresa –algo muy bien anali-

zado por María José Fariñas en *Mercado sin ciudadanía*– ha cundido a veces el efecto, pretendiendo que su quehacer sea de mera gestión según criterios de eficacia técnica, cuando no de eficiencia económica. No olvidemos que el neoliberalismo quiso presentarse como “pensamiento único” de la mano del diagnóstico más que interesado del “fin de las ideologías”, amparando su reduccionismo economicista y su concepción tecnocrática de la política bajo aquello que Jürgen Habermas denominó “ciencia y técnica como ideología”. Una ciudadanía desideologizada, mas preparada para sucumbir a otra ideología dominante, ha sido producto y condición del neoliberalismo que durante décadas ha hegemonizado el ámbito político que devaluaba.

No se sale fácilmente del perdurable efecto despolitizador de la ideología neoliberal. Dicho efecto no lo consiguió exclusivamente en el ámbito político, sino que se vio secundado por pautas y hábitos consolidados en la vida cotidiana. Desde la posición de dominio del mercado, éste extendió sus criterios y valores a todos los demás ámbitos, provocando una suerte de “colonización del mundo de la vida” –de nuevo expresión habermasiana para hablar de lo que la tradición marxista llamaba alienación– que sometía todas las esferas de valor a los criterios del mercado, siempre traducibles en precio, así como invadía con esos mismos criterios al sistema político. Consecuencia: los ciudadanos dejan de ser tratados y de autocomprenderse como tales, para reducirse a clientes o consumidores. Éstos no participan, sino que en todo caso escogen entre aquello que se les *oferta* –acaba siendo inútil, si no extemporáneo, *ofrecer* participación política–, eligiendo lo más ventajoso para sus intereses y expectativas individuales.

La deriva de la política hacia el *marketing* bajo la presión del mercado hace su trabajo, y no sólo en el diseño de las campañas electorales, sino inoculando tal reduccionismo economicista en una acción política que se va restringiendo a gestión atenta a los sondeos demoscópicos –e ello se refería Alain Minc en términos de “borrachera democrática”–, desde la cual hasta los servicios públicos van siendo recortados en tanto que tales para, en el mejor de los casos, transformar a los considerados usuarios de los mismos en receptores de prestaciones sociales individualizadas. El debilitamiento que todo ello supone para el vínculo político que la ciudadanía implica refuerza la desafección política. La “fidelización” de los clientes o la atención a los consumidores conducen a la demagogia populista, pero no a la participación política.

¿Menor abstención por la derecha? La representación de los intereses

Moviéndonos en un contexto que viene marcado por las políticas neoliberales, nada extraña que la derecha sienta que juega en campo propio. Eso explica en parte el apoyo electoral que obtiene, a pesar de la despolitización inducida desde la priorización del mercado. Debe tenerse presente que la derecha neoliberal en rigor no convoca a los ciudadanos a una participación política en sentido fuerte, sino a la elección de unos representantes en los que delegar la defensa de los propios intereses. La derecha neoconservadora, en alianza estratégica con la anterior, cubre el “frente simbólico” de los valores, con su discurso sobre la nación, la defensa de la familia y la asunción, en España, de la moral católica defendida por la jerarquía eclesiástica con la pretensión de imponerla como moral social. La herencia del nacionalcatolicismo adoba en este caso el planteamiento economicista de un neoliberalismo conjugado al modo hispano de poner las estructuras del Estado al servicio de los intereses de la oligarquía dominante, la que siempre ha pensado que el poder le corresponde por naturaleza.

Con el trenzado de esos dos hilos de la derecha contemporánea, su base social encuentra que su elite política responde a sus expectativas, a pesar de las tensiones internas por reajustes del poder en el seno de las clases dominantes. Este hecho es la causa de que la derecha política y su base social mantengan una conexión que se percibe como segura. La idea que tienen los distintos sectores sociales que la derecha representa de que efectivamente defiende sus intereses es la

que lleva al extremo de pasar por encima de las divergencias e incluso de los clamorosos casos de corrupción política, los cuales se ven de hecho políticamente exculpados en una suerte de “socialización” de la misma.

¿Mayor abstención por la izquierda? La credibilidad en cuestión

La abstención que se da entre votantes de izquierda es mayor y más compleja. Consciente de eso, el PSOE, por ejemplo, suele insistir en llamar al electorado a participar, a modo de alocución previa a toda petición explícita de voto. Basta observar cómo se implora a los potenciales electores que no se queden en casa para comprobar que se parte de una posición de debilidad política, que es por otra parte la que se reconoce cuando se constata que el PP tiene un firme suelo electoral que no le falla, aun cuando tampoco le dé en muchos casos para remontar el vuelo. El fondo de la cuestión es que se ha adelgazado mucho el hilo que conecta a los partidos de izquierda en general, y a los de cuño socialdemócrata en particular, con su electorado. Es decir, en éste no hay una convicción demasiado firme acerca de quién le representa de hecho, aunque tenga una conciencia de quién debería

El alejamiento entre partidos políticos y ciudadanía es el espacio en el que crece la desafección política. Cuando desde los primeros se quiere cubrir esa distancia mediante mercadotecnia, parece no percibirse que la mala retórica de la que en tal caso hacen uso no convence ni a los más próximos

hacerlo. Eso tiene que ver con una predisposición crítica más acentuada del elector de izquierda hacia la formación política que pide su voto (“votante no dogmático” se llama) y también con elementos conformadores de la misma tradición de la izquierda. Ésta se ha legitimado apelando al interés general o a valores invocados como universales y eso aun cuando se insistiera en la defensa de intereses de una clase oprimida, un sector social subalterno o una minoría sojuzgada: tales intereses particulares habrían de pasar por el filtro de lo universalizable. Ahora los tiempos han venido a dar en una situación en la que se ha debilitado la apelación a valores universales —¡la postmodernidad!— y no está claro quién defiende los intereses particulares de individuos y colectivos muy fragmentados en el seno de la realidad social. Lo que por la derecha se mantiene claro, por la izquierda se difumina, y eso repercute en la desafección que la abstención manifiesta.

No es ajeno a los fenómenos de desafección hacia lo que la socialdemocracia representa el hecho mismo de que ésta haya perdido sus señas de identidad en la larga etapa de predominio neoliberal. Hay que reconocer que el neoliberalismo ha contaminado fuertemente a los partidos de filiación socialdemócrata, siendo eso lo que ha generado las políticas llamadas social-liberales, esto es, encaminadas a mantener prestaciones sociales, y a través de ellas un Estado de bienestar que se percibía en retirada, mas aplicando políticas económicas de sesgo neoliberal. La Tercera Vía del laborismo británico capitaneada por Blair ha sido paradigmática al respecto, simbolizando claramente la subsunción de la socialdemocracia en el magma de un tan anhelado como inexistente centro político donde las diferencias entre izquierda y derecha parecen anularse, lo que significa que la derecha gana la partida.

Por la izquierda, desdibujado lo que debía ser proyecto propio, acaba presentándose como vía de salida de ese bloqueo la elaboración de programas en los que se recoja toda reivindicación social, provenga de un sector u otro de la sociedad, acogiéndolas sin el discernimiento suficiente para integrarlas en un conjunto coherente que permita una acción política claramente orientada. El deseo de atender reclamaciones muy heterogéneas sin enmarcarlas en un proyecto global desemboca en la multiplicación de actuaciones aisladas en función de colectivos concretos, mas buscando soluciones individuales, como se ha hecho frecuentemente a través de políticas de “cheques” que se encaminan hacia prestaciones sociales sin servicios públicos. Ello redundará en el debilitamiento de los lazos sociales y del vínculo político que permite construir políticas participativas de solidaridad en las que la ciudadanía se ve implicada allende la actitud pasiva de recibir una prestación que pronto queda amortizada como aquello que corresponde a cada cual.

Cuando el déficit de un proyecto coherente y el debilitamiento de la sintonía con un partido oligarquizado y alejado de su base social se suman, entonces tenemos ya un serio pro-

blema de credibilidad ante los propios electores, lo cual es difícil de recomponer. Si entre tanto aparecen casos de corrupción, que en el electorado de izquierda se instalan con fuertes efectos negativos en su imaginario colectivo, la tarea se hace más difícil todavía. Incluso puede decirse que al electorado de izquierda le afecta negativamente, en cuando a desafección se refiere, hasta los mismos casos de corrupción de la derecha, desde el momento en que ellos repercuten en el desprestigio de la política como tal y se extiende, por más que sea de todo punto injustificada, la conclusión de que todos los políticos son iguales.

Los incumplimientos o retrasos de compromisos electorales o programáticos considerados cruciales —se ha señalado, en el caso de las pasadas elecciones europeas, lo relativo a la financiación autonómica aún no resuelta como factor influyente en la abstención de una franja significativa de votantes de Cataluña— juegan, además de lo dicho, un destacado papel en esa desafección que tiene su raíz en un cuestionamiento de la credibilidad de los políticos y de los partidos. Eso pesa tanto más cuando más se trate de un electorado que no cifra tanto sus expectativas en la defensa directa de intereses particulares, sino en la resolución de problemas colectivos.

Partidos y liderazgos como parte del problema

No podemos concluir este rápido recorrido por los factores que inciden en la desafección política sin una breve alusión a una cuestión transversal al espectro político. La estructura de los partidos políticos en general, tan verticalista y jerarquizada, y sus carencias en cuanto a democracia interna, tan asfixiada por el rígido control de sus órganos dirigentes, no favorecen nada la participación política que de suyo debían propiciar y encauzar. Esa dinámica de los partidos resulta muy ajena no sólo a lo que exige la actual conciencia democrática de los ciudadanos, sino a lo que son modos usuales de funcionamiento en otros marcos institucionales de la sociedad actual. Por ello, no sólo la militancia política es algo que cada vez entra menos en el horizonte de aquello que se plantea una persona que quiera participar en los procesos sociales, sino que las actividades y los discursos de los partidos políticos quedan cada vez más lejos de lo que una ciudadanía consciente puede exigir al respecto. El alejamiento entre partidos políticos y ciudadanía es el espacio en el que crece la desafección política. Cuando desde los primeros se quiere cubrir esa distancia mediante mercadotecnia, parece no percibirse que la mala retórica de la que en tal caso hacen uso no convence ni a los más próximos. Lo que, en cambio, sí sucede con tales prácticas es que se fomenta una “democracia espectadora” —ya la llamaba así Fromm en *El miedo a la libertad*— que se aleja cada vez más de una “democracia participativa”.

Una palabra cabe decir sobre los liderazgos políticos, respecto a los cuales lo que demanda la ciudadanía es que sean consistentes, honestos y profundamente democráticos.

Obviamente, cualquier pretensión de liderazgo debe cuidar al máximo la comunicación política, pero ésta no se puede reducir a la constante emisión de mensajes simplistas ni a una dependencia excesiva de todo aquello que *a priori*, y a veces sin mucho fundamento, se identifica con la imagen que, como malamente se dice, se quiere “vender”. Los liderazgos no se venden, se ganan, y para ello tanto valen los sentimientos que movilizan como los argumentos que dan. Sin proyecto no hay liderazgo que emerja y, menos aún, que resista. Hay que reconocer que a pesar de tantas nuevas tecnologías, o quizá por eso, no estamos en el mejor momento en cuanto a liderazgos democráticos. De ahí el vacío que en un mundo globalizado tan rápidamente ha ocupado Obama, con sus riesgos, desde que accedió a la presidencia de los EE UU.

Entre la decepción y el “euroescepticismo”: desinterés por la construcción europea

Es algo que se veía venir, pues la UE no está en su mejor momento. La crisis actual está poniendo de relieve las limitaciones de una UE que debe superarlas si quiere consolidarse como proyecto político, un proyecto supranacional que, al decir de Josep Ramoneda, en cuanto tal no tiene parangón, habiendo nacido con una legitimidad de origen muy fuerte: “la voluntad contra la guerra civil”. Sin embargo, su situación actual, estando compuesta ya por 27 Estados, presenta una gran debilidad, a pesar de su peso económico. La lentitud y torpeza de movimientos de las instituciones de la UE para articular respuestas comunes y coordinadas a la crisis financiera, primero, y económica y social, después, están siendo patentes. Al hecho de que los Estados miembros no acaban de responder a ese compromiso tácito de quienes se incorporan a la Unión —autolimitar el propio nacionalismo— le es correlativo por otra parte el burocratismo de unas instituciones que, por eso mismo, no pueden lavar la imagen de alejamiento respecto a la ciudadanía que les acompaña.

La construcción europea es percibida de hecho como proceso intergubernamental que sigue arrastrando un notable déficit democrático, acrecentado porque ese mismo proceso se ha visto igualmente afectado por los principios y prácticas neoliberales de las últimas décadas. Todo ello explica el desapego de la ciudadanía, que llegó a explícita resistencia con la negativa en algunos referendos al Tratado para la Constitución Europea. Más lejos, llevando al extremo las reacciones nacionalistas, encontramos las manifestaciones de un “euroescepticismo” que acaba aliándose con posiciones conservadoras muy intransigentes nostálgicas de una homogénea “Europa cristiana” e incluso con planteamientos abiertamente xenófobos inclinados a la “Europa fortaleza”. El proyecto europeo sólo puede proseguir como proyecto de

una Europa abierta, cosmopolita —en el sentido en que, por ejemplo, Ulrich Beck insiste en ello—, y afirmada como Europa social frente a lo que hemos llamado la “Europa de los mercaderes”. No nos vale una construcción europea determinada sólo por los intereses económicos presentes en una “zona euro” que meramente busca asegurar su espacio en el mercado global. A la vista de la desmovilización de la ciudadanía europea, manifiesta en los elevados índices de abstención a la hora de elegir representantes para el Parlamento europeo, se impone la conclusión de que ese proyecto de futuro para Europa, para el cual la socialdemocracia europea ha querido recabar el voto de la ciudadanía, no se ha presentado con la suficiente fuerza y nitidez. Y ha sido así, no sólo por fallos en la comunicación, sino por falta de respaldo suficiente desde los hechos.

La ciudadanía convocada a las elecciones ha permanecido retraída en gran medida y quienes han participado con su voto lo han hecho con frecuencia movidos más por las cuestiones en litigio en los debates nacionales que por las propuestas europeas. Aun recordando como obligada pieza del guión la importancia que en el Parlamento europeo pudiera tener que la mayoría resultante fuera de izquierdas o de derechas, las mismas campañas electorales, como si hubieran venido sin saberlo a respaldar el diagnóstico de que vamos hacia una “democracia sin ciudadanos”, han contribuido al intento inútil de ir hacia una Europa sin europeístas.

La ya de por sí difícil tarea de la construcción europea —esa tarea en torno a un “imposible necesario”, como en su día fue calificado por Étienne Balibar el proyecto de la UE— requiere buenas dosis de *pathos* democrático y ésas sólo las portará la ciudadanía cuando esté convencida de que el esfuerzo merece la pena, cuando esté dispuesta a proseguir lo que Zygmunt Bauman llama la “inacabada aventura” que es Europa sabiendo que tiene en sus manos un “poder constituyente”. Si hay que rescatar la idea de soberanía de las mitificaciones a las que ha sido sometida, encontramos por ahí una manera de hacerlo, desplazándola hacia una participación política que ha de ser efectiva y eficaz en la construcción de una Europa de los ciudadanos. Si así sucede será porque la desafección política estará, al menos, en trance de ser superada por ciudadanos que, rechazando verse reducidos a clientes, consumidores, espectadores o meros figurantes, habrán encontrado motivos y razones para apoyar la innovación política que supone la UE. Entonces, desde Europa, quizá logren transformar con la puesta en ejercicio de su poder democrático lo que, con Michael Hardt y Antonio Negri, podemos considerar el imperio de un mundo sometido a la difusa pero efectiva, y a la vez perversa, soberanía del mercado global. ■